

pálida y enjuta, el adelgazamiento, la canicie prematura, el malestar indefinido, insoportable por lo vago y por lo incesante. A tal altura todo lo psíquico influye por modo extremo en lo físico y viceversa, estableciéndose un estrecho círculo vicioso.

Pasan días y la situación se empeora. Quizás en este desorden flaquee una parte cualquiera y venga una lesión, si ya no existía.

Describiendo al triste en general, he descrito á Pi.

Durante algunos años y en progresión creciente, si bien parsimoniosa, la tristeza, iniciada como ya he dicho, hizo en él presa. Sentía trastornos vasculares, que fundamentalmente eran una vaso-constricción con la hiperquinesia cardíaca consecutiva, motivo por el cual se creyó prematuramente, ora un cardíaco, ora un aórtico. Andaba lo menos que podía y lo más pausado que le era dable. Su paso, lento, tenía más de vacilante que de firme. Le abrumaba y temía un pequeño ejercicio. Perdió su anterior apostura y se dejaba caer, más que se sentaba, en completo abandono. Para no agitar el aparato circulario, permanecía inmóvil horas enteras, mudo, como anonadado. La cara se puso pálida, alargada, enjuta: se hundieron los ojos; las canas aparecieron en atropellada multitud, la voz perdió timbre é intensidad. En tanto la anemia invadía todo su cuerpo.

Ora el estómago, enfermo largo tiempo sin saber á punto fijo de qué padecía; ora los intestinos. Sospechóse del páncreas, de invasiones bacilares, de todo.

Mientras se realizaba este desmoronamiento orgánico, su voluntad perdía bríos, que ganaban, por inevitable reacción, los fenómenos emocionales. Los caracteres emocionales necesitan, para existir y predominar, una constitución delicada en cierto modo, una gran impresionalidad del sistema nervioso y un predominio de las sensaciones orgánicas; á todo esto llegó Pi por modo gradual, y como todos los emocionales, temblaba por su salud y se hacía cada vez más pesimista.

Las pequeñas contrariedades de la vida no se estrellaban ya contra su voluntad potente: al revés, ésta, floja y sin tensión dejaba llegar hasta el campo de la conciencia cuanto podía perturbarla. Ocurría en este caso, y pase la comparación como con las invasiones microbianas: si no hay quien las ataje. Llegan á lo más profundo y tiranizan al organismo entero por el intermedio de la septicemia. También hay, metafóricamente hablando, septicemias psíquicas, y Pi las sufrió largo tiempo.

En medio de este desquiciamiento sólo la inteligencia gozaba de todas sus energías; era el único punto luminoso en noche tenebrosa.

Los días se iban reemplazando, el mal había alcanzado la categoría de consunción, y así, aun en medio de tanto estrago, Pi conservaba su poderío intelectual. De cuando en cuando aparecía en la Cátedra, y en ella era el maestro de siempre: con aquel cuerpo semi-agónico, con la voz velada y el hablar cansado, era